



Pere Gimferrer: Un testimonio personal

Yo no había visto nunca en persona al hombre a quien fui a buscar una tarde de mayo de 1985 al aeropuerto de Granada, pero no había el menor peligro de que se me perdiera entre los pasajeros del avión recién llegado de Barcelona. Era más alto que cualquiera de ellos, iba vestido de riguroso invierno-abrigo oscuro, sombrero, guantes negros- en medio de las chaquetas claras y las camisas casi de verano, y además caminaba solo y en dirección contraria a la de todos los demás, alejándose del edificio de la terminal en vez de aproximarse a él.

Probablemente le había llamado la atención el cielo del crepúsculo sobre la horizontalidad de la Vega, o el color azulado y las formas redondeadas de la Sierra de Elvira: detrás de cada excentricidad de Pere Gimferrer suele haber una razón práctica, y su apariencia de ensimismamiento encubre una atención rápida y astuta a los detalles de la vida corriente, del mismo modo que su voluntaria rareza de tantos años –últimamente muy matizada- se ha correspondido siempre con una espléndida naturalidad, desconcertante para quien no lo conoce de cerca. En la literatura española contemporánea existe un subgénero muy rico, aunque casi del todo oral, compuesto exclusivamente de historias sobre Pere Gimferrer, un poco a la manera de las historias sobre Borges que todavía siguen circulando. Pero Borges, según su propia y reiterada confesión, y también según muchos testimonios cercanos, acabó desapareciendo tras su personaje –se había convertido en su propia entrevista, aseguraba V.S. Naipaul. Gimferrer, en cambio, detrás de sus manías indumentarias, de sus rarezas legendarias en el trato con el aire acondicionado de los lugares públicos o con la temperatura de un vaso de agua o de una pera, ha mantenido siempre una perfecta solidez catalana, hecha de sentido común, de sorna hacia sí mismo y de cálculo certero sobre sus mejores conveniencias. Quien le escucha disertar sobre la métrica de la Divina Comedia, sobre la correspondencia de Igor Stravinsky, sobre las diferentes traducciones de “Ulysses” al castellano o al catalán, sobre el cine musical del período nazi, sobre los viajes de Miles Davis al París de Juliette Gréco y de Jean Paul Sartre, –algunos de los asuntos acerca de los cuales he conversado sobre él en los últimos meses- puede suponer que Pere Gimferrer es uno de esos intelectuales tan absortos en su enrarecida erudición que pierden el sentido de la realidad y no se enteran de lo que les pasa por delante.

Error enorme. Gimferrer se entera de todo, presta atención a todo, salta de curiosidad hacia la inminencia de un chisme sabroso y en la mesa de un restaurante examina con rápida viveza los platos de los comensales cercanos, considerando minuciosamente si no debería cambiar su propia elección. Por comodidad, para que lo dejen tranquilo o para que le resuelvan alguna complicación práctica, puede no disuadir de su engaño a quien lo suponga inútil para los asuntos mundanos. Pero tiene un arte extraordinario para navegar con aplomo y soltura por situaciones muy complicadas, o para ayudar a un amigo a salir de un aprieto con un dictamen exhaustivo que somete a escrutinio cada elemento del problema examinándolo bajo cada ángulo concebible.

Lo que parece excentricidad es sobre todo independencia personal, el arte de hacer en cada momento lo que a uno le da la gana sin rendir cuentas a nadie, pero con la astucia suficiente como para no pagar un precio desmedido, ni siquiera molesto. Y la erudición abrumadora y la familiaridad simultánea con casi todas las artes atestiguan no la insalubre indiferencia hacia el mundo real del esteticismo amanerado, sino una curiosidad ilimitada por todas las cosas, una jovial

glotonería del conocimiento, universal en su amplitud y maniática en la indagación de los detalles, enciclopédica en su falta de prejuicios. Lo sublime y lo canalla despiertan en Gimferrer un entusiasmo semejante, y siendo uno de nuestros escritores con un conocimiento más profundo y de primera mano de la gran tradición cultural europea ha sido también uno de los que han llevado más lejos –en sus aficiones personales y en su literatura– la irreverencia descarada y saludable del pop.

Ha sido siempre así: y ya lo fue en una época muy anterior a las frivolidades de la ortodoxia postmoderna. Gimferrer ha transitado por la literatura en castellano y catalán tan indiferente a la línea recta que acataban los otros como cuando yo lo vi alejarse solitario y alto de la terminal en el aeropuerto de Granada. Ha reclamado su propia rareza con un aplomo admirable y a la vez ha sabido eludir las incomodidades del malditismo sin abdicar de ninguno de los privilegios de su extravagancia, y además sin quedar prisionero para siempre de su personaje. Siendo insensatamente joven escribió dos de los grandes libros de la poesía contemporánea en castellano y a continuación, en vez de sobrevivirse o de repetirse, se puso a escribir en catalán. Con sus Dietarios hizo algo que parecía imposible, escribir cada día, en el filo cortante de la actualidad, en la prisa de la hora de cierre del periódico, una prosa que mantiene intacto al paso de los años su poderío de revelación y deslumbramiento, su carga de sabiduría y sus quiebros de guasa.

Lo he visto abrumado por el hachazo del dolor y cuando parecía de verdad inerte he asistido al resurgir prodigioso de su entusiasmo por la vida y por la escritura. Gimferrer siempre lo toma a uno por sorpresa. Durante algún tiempo llevó en una solapa de su traje negro la insignia de académico, y en la otra una chapa contra la guerra en Iraq. Le mandé una vez una novela que acababa de publicar, y me llamó al terminar de leerla: “Se nota que tiene influencia de ‘Luz de Agosto’”. Yo había estado leyendo con fervor ‘Luz de agosto’ mientras escribía esa novela. Una tarde tórrida en Madrid, en el verano de 1992, acabábamos de comer juntos en el hotel Palace –después de cambiarnos varias veces de sitio a causa de las variaciones, al parecer caprichosas, en la intensidad y dirección de la corriente de aire acondicionado– y Gimferrer manifestó inopidamente el deseo de ir a casa a saludar a mi mujer, que no había podido almorzar con nosotros. El cumplimiento de ese deseo, en apariencia simple, implicaba la superación de un número creciente de dificultades logísticas: con mi ayuda, y con la del maître, Gimferrer debía ponerse la americana, el sombrero, el abrigo y los guantes, y hacerse cargo de la cartera y del paraguas; a continuación era preciso llamar a un taxi, y asegurarse de que dispusiera de aire acondicionado, lo cual no era común en esa época; y por fin dilucidar si ese taxi debería esperar a Gimferrer junto a la puerta de mi casa durante la visita, cuya duración aproximada teníamos que calcular con cierto cuidado, ya que había que hacerla compatible con la llegada al aeropuerto a tiempo de tomar un vuelo no demasiado tardío del puente aéreo. ¿No sería más práctico despedir al primer taxi y reclamar un segundo desde mi domicilio? ¿Cuántos minutos duraría el encuentro con mi mujer, dado que había que descontar la duración probable del viaje entre el taxi y el ascensor, el viaje en éste hacia el sexto piso, y viceversa? ¿Y qué probabilidades había de encontrar un segundo taxi que dispusiera también de aire acondicionado? Después de todo, ¿no sería más prudente dejar esperando al primero, y prescindir del segundo?

Gimferrer es muy minucioso con las fechas. Pero quizás él no recuerde que fue el 31 de julio de 1985 cuando me llamó por teléfono para darme una de las





grandes alegrías de mi vida. No hay porvenires fijos: las posibilidades de que algo suceda o no suceda son a cada paso tan impredecibles como esos cálculos en los que a Pere Gimferrer le gusta tanto enredarse. Pero es seguro que una parte de mi vida futura surgió de esa llamada de teléfono que me sobresaltó el corazón aquella tarde última de julio. Meses antes, Pere Gimferrer, que lo lee todo, había leído un libro de artículos que le regaló alguien, mi amigo Mariano Maresca, durante una visita a Granada. Era uno de esos volúmenes un poco tristes que se publican en provincias, uno de esos libros que ha de pagar el propio autor porque de otro modo nadie lo publicaría. Improbablemente -¿quién lee ese libro que le regala alguien al final de una conferencia?- Gimferrer lo leyó, y sintió la curiosidad de llamar a mi amigo para preguntarle si el autor de aquellos artículos no tendría alguna novela inédita.

Le mandé la que acababa de terminar, esperé día tras día, mirando el buzón, espiando el teléfono que no sonaba. Sonó al cabo de cierto tiempo, no demasiado, y era la voz nasal de Gimferrer para decirme que Seix Barral publicaría la novela. Una novela larga, con el título en latín, firmada con el nombre vulgar de un desconocido. Antes de colgar, y después de advertirme que no me pagarían mucho -¡de modo que además iban a pagarme!- Gimferrer me dijo, como de pasada: “Estaría bien que le quitaras a la novela unas cuarenta páginas”. No me dijo cuáles. Las quité, cortando aquí y allá, y más de veinte años después sigo alegrándome de haber seguido aquel consejo.

Más de veinte años: exactamente veintiuno. Con Gimferrer conviene ser muy preciso con las fechas. Veintiún años van siendo una duración respetable para una amistad. La misma duración de la vida que empezó para mí esa tarde de julio.